

DISCURSO DE INAUGURACION: “VALORES TRADICIONALES, NUEVOS VALORES Y EDUCACION EN ESPAÑA”

*D. Antonio Pascual Acosta**

Estas palabras han de ser entendidas como reflexiones muy generales y realizadas un tanto a vuela pluma en torno al tema que preside este encuentro promocionado por el Grupo de Educación de la Comisión Española de la Unesco: “Valores tradicionales, nuevos valores y Educación”.

El primer problema con que nos hemos de enfrentar al hablar de valores se plantea al intentar una definición suficiente de éstos. No se puede desconocer los ríos de tinta que esta cuestión ha desencadenado sobre todo a lo largo del presente siglo. Son tantos los insignes filósofos que se han preguntado por el grado de realidad del valor, su posible objetividad y la relación que pueda existir entre los valores y otras instancias metafísicas, que la prudencia aconseja desistir de cualquier pretensión de competencia con mentes tan preclaras.

Se puede, sin embargo, establecer una aproximación descriptiva y operativa de lo que son los valores. Así, cabe entenderlos como **ideales que actúan al modo de causas finales**, esto es: son, por una parte, el motor que pone en marcha nuestra acción y, a

* Consejero de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía.

la vez, la meta que queremos alcanzar una vez puestos los medios adecuados. Por lo tanto, los valores son finalidades y no medios y, por ello, estimables por si mismos y no con vistas a alguna otra cosa.

Por otra parte, valorar, como ya Nietzsche se encargó de dejar bien claro, es una actividad vital, al entero servicio de la vida y, por lo tanto, imprescindible para la supervivencia de unos seres que, como los humanos, no poseemos un lote de respuestas programadas de antemano.

Por esto mismo, se puede hablar de que unos valores decaen o están en desuso pero no es correcto decir: "ya no existen valores", en todo caso podríamos hablar de contra-valores, en la medida en que no los apreciemos o se opongan a aquellos que nosotros sostenemos como auténticos, pero el hecho de valorar será tan duradero como el hombre mismo.

Un fenómeno observable en la sociedad occidental actual es el desconcierto producido por la falta de vigencia de valores antaño asentados sólidamente, quizás por la convivencia de valores considerados antagónicos o contradictorios entre sí, quizás porque está en curso un proceso de cambio de valores o de redefinición de los antiguos sin que todavía se perciba con nitidez el horizonte axiológico que sirva de orientación para el actuar humano y para sus intereses vitales.

Sea como fuere, es cierto el desasosiego y la desorientación que afecta a prácticamente todos los ámbitos de la vida humana en relación con este tema. Posiblemente las causas sean muy complejas y operen en diversas direcciones y la labor de desentrañar el entramado de síntomas e indicios que pudieran conducir hasta la compleja concurrencia de causas y azares que están en el origen de esta situación, desborda con mucho las fuerzas de que disponemos en el momento presente. Ahora bien, es posible señalar, cuando menos, algunos fenómenos que han contribuido sin duda a dibujar el panorama en el que ahora nos encontramos, y que repercuten de manera muy directa en el aspecto de la realidad en el que todos los presentes estamos comprometidos: la educación.

Hay que referirse, en primer lugar, al deterioro objetivo de una serie de valores que han estado rigiendo nuestro mundo hasta no hace tanto tiempo y, por otro lado, a los factores de dese-

equilibrio que han introducido una serie de cambios y transformaciones científicas y tecnológicas, tanto en nuestros modos de valorar como en la dinámica de nuestra vida cotidiana.

El movimiento intelectual surgido en nuestros días y que responde a la denominación de “postmodernismo”, al margen de la pertinencia o discutibilidad de sus tesis concretas, se caracteriza por asumir la responsabilidad de certificar la muerte de toda una época histórica, aquella en la que se ha gestado y posteriormente desarrollado nuestro mundo de Occidente. Esta época, la modernidad, tiene su origen en la Ilustración del siglo XVIII. Y es de justicia reconocer que fueron los ilustrados quienes definieron los valores de la época moderna y proyectaron las líneas maestras de su horizonte utópico que han pervivido casi hasta nuestros días.

Interesa analizar someramente ahora tres valores que, surgidos en el magma intelectual del siglo de las luces, se conservan aún hoy día pero, eso sí, distorsionados y, en cierta medida, desacreditados con respecto a su origen dieciochesco.

En primer lugar, nos ocuparemos del valor *racionalidad*. La razón ilustrada era crítica y emancipadora a la par que descubridora de las leyes filosóficas y científicas que gobernaban el mundo. La racionalidad, pues, implicaba la mayoría de edad del género humano, su liberación de todo tipo de esclavitudes físicas y psíquicas y la transformación del hombre en el señor de la naturaleza, cuyo funcionamiento conocía y dominaba.

En la actualidad, la razón sigue siendo un valor vigente, pero ya no es la racionalidad de los pensadores del XVIII que alumbraba un proyecto humanista. La razón se ha ido degradando y convirtiéndose en aquello que los pensadores de la escuela de Frankfurt denominaban “razón instrumental”: la razón puesta al servicio de una técnica cada vez más eficaz. Pero la técnica se define justamente por ser un medio y, como tal, incapaz de dar sentido al quehacer humano por más que contribuya a mejorar la producción y el bienestar en general.

La razón, de ser una luz soberana que iluminaba las sendas humanas, se ha convertido en una esclava de una sierva: la producción técnica. A partir de ese momento, lo que se echa en falta son ideas, justamente aquello que un mero instrumento de servicio no puede nunca ofrecer.

El segundo valor que ha sufrido con el paso del tiempo es la *tolerancia* que, para el espíritu ilustrado, constituía uno de los más firmes pilares de la sociedad moderna. Tolerancia significa la no imposición de supuestas verdades por encima de la conciencia individual. El presupuesto de esta es la irreductible libertad de la conciencia humana que ha de determinarse por sí misma en la dirección que crea conveniente. La práctica de la tolerancia implica la aceptación del pluralismo de ideas, creencias, opiniones...

La versión social y política de la tolerancia es el laicismo que, si bien en algún momento de la historia fue un baluarte de resistencia contra el influjo autoritario de los representantes de la religión y de las instituciones religiosas sobre los estamentos civiles y las conciencias de los ciudadanos, en su esencia hay que concebirlo como la garantía de la independencia del ser humano frente a los excesos de la manipulación ideológica en general.

En la actualidad, se puede decir que el valor de la tolerancia y la aceptación del laicismo como fórmula normal y habitual de autodefinición de las sociedades de Occidente, ha alcanzado una consistencia notable. Sin embargo, en nuestros días la tolerancia ha empezado a identificarse con mera indiferencia hacia toda idea que tenga que ver con las finalidades del hombre o con el sentido de la vida humana.

Ciertamente, la sociedad ha conseguido, en términos generales, sacudirse el yugo de la religión institucionalizada, pero no ha cubierto el hueco dejado por las antiguas respuestas que la religión ofrecía con respecto al destino del hombre y con respecto a una comprensión cabal de la existencia humana. Las consecuencias son, por una parte, una sensación de desamparo, de incertidumbre y aún de angustia que rodea al hombre moderno emancipado de la tutela religiosa y, por otra parte, la proliferación de movimientos religiosos y seudorreligiosos de intenciones más que dudosas y también la aparición de fundamentalismos de distinto signo que amenazan con dar al traste con esa supuesta madurez racional que el hombre de la modernidad creía haber alcanzado.

No saber asumir y teorizar la inseguridad radical de la condición humana, compatible con la afirmación vital y serena de la existencia, con sus proyectos, ambiciones y luchas, es dejar un te-

reno abonado a la acción de toda suerte de sectas, movimientos milenaristas y reaccionarismos de diverso tipo.

Un tercer valor que se quiere destacar aquí, es la *democracia* como forma política de organización social. Este valor viene a ser como la condición de posibilidad de la libertad real del individuo y, a la vez, surge precisamente del ejercicio de esa voluntad libre de una comunidad para darse a sí misma sus normas de autogobierno.

La democracia, aunque constituya en Occidente ahora mismo la idea básica de todo sistema político posible, sin competencia ideológica alguna, sin embargo también ha sufrido un desgaste considerable a lo largo de estos siglos. Vamos a apuntar solamente unos cuantos índices de este declive.

El avance tecnológico, sobre todo en campos como la información y la comunicación, facilita y mejora la organización social en términos generales, pero también se convierte en un peligro evidente para la libertad de los ciudadanos, en la medida en que la concentración de información en manos de organismos estatales y paraestatales, supone un poder que se acerca bastante a la pesadilla que ciertos autores nos han relatado, en tono profético y futurista, de lo que podría ser un estado totalitario en una sociedad avanzada.

Otro peligro que acecha a la democracia es la tecnocracia, que conduce a la dejación, por parte de quienes tienen la misión de guiar la sociedad, de los deberes de dirección política y de definición ético-social, so capa de actuar objetiva y neutralmente con los datos que proporcionan los conocimientos técnicos. Las razones de la colectividad, el bien social queda marginado en nombre de unas soluciones que aplican estrictamente el dictamen de probados expertos.

Finalmente, la democracia entra en crisis por la falta de auténtica participación, no sólo en los procesos electorales sino, sobre todo, en el día a día de la actividad ciudadana. No basta con sancionar como democráticas las instituciones, el ordenamiento jurídico, el funcionamiento de los órganos del Estado, etc., es preciso que cada persona asuma la responsabilidad de tomar parte en la sociedad desde la diversidad de cauces establecidos o creando otros nuevos con imaginación y audacia, sin conformis-

mo, defendiendo su autonomía y su propio interés como individuo y como elemento de una colectividad.

Se hablaba al principio de otro factor que, junto a la inestabilidad o perversión de los valores consagrados por la modernidad, contribuía a configurar el panorama actual de incertidumbre axiológica. Los rápidos avances científicos y tecnológicos y la invasión de la realidad cotidiana por lo que se conoce como nuevas tecnologías han afectado a todos los ámbitos de la vida humana: al trabajo, a las relaciones sociales, a la distribución y disposición del tiempo de ocio, a la vida familiar, etc.

Ya se ha visto cómo los conocimientos técnicos influían, positiva y negativamente, en la concepción y puesta en práctica de valores tradicionales; ahora interesa destacar la incidencia que la combinación de nuevos modos de vida impuestos por el ritmo social y la competencia de nuevas fuentes de información, ha tenido sobre instituciones dedicadas tradicionalmente a generar y, sobre todo, a transmitir valores, como es el caso de la familia.

Hay que conceder importancia a la progresiva e intensa participación de las instituciones externas al núcleo familiar en el cuidado de los niños, antes reservado a los padres. Este hecho produce cambios fundamentales en la socialización. Las ganancias, relacionadas con tareas estrictamente escolares, de los niños que asisten a una guardería no son relevantes si las comparamos con el grado de conocimiento que pueden tener otros niños que se incorporan más tarde al sistema escolar, pero sí se producen notables avances en adquisiciones sociales y, por lo tanto, en interiorización de valores y en la práctica de actitudes, disposiciones y conocimientos que, al no ser de índole principalmente teórica, si van a dejar una huella permanente en la configuración de su personalidad.

Estas nuevas generaciones comienzan su vida, y la desarrollan desde muy temprano, de forma diferente a la de sus padres. Los niños y niñas viven, pues, en más de un ambiente, lo cual influirá en su desarrollo. Los teóricos hablan de una "doble socialización" y de las transferencias que el niño hace de las experiencias adquiridas en uno u otro ambiente.

Si, a esto, se añaden otros fenómenos corrientes como la longitud de la jornada laboral y la naturaleza de la estructura familiar actual: familias monoparentales, hijos únicos, mayor de-

mocratización de la vida familiar, redefinición de las relaciones padres-hijos, tendencia a un desarrollo temprano de la autonomía de los niños y las niñas, etc., tendremos ya, al menos, un elemento de cambio poderoso en el mecanismo de recepción y transmisión de los valores.

Por otra parte, hay que tener en cuenta la presencia de un nuevo agente socializador dentro del hogar: los aparatos informáticos y un medio de comunicación tan eficaz y potente como es la televisión.

Los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, en cierta medida, tienden a homogeneizar la experiencia entre adultos y niños, pero también se observa un fenómeno peculiar: en muchos casos, el manejo y comprensión de instrumentos, derivados de las nuevas tecnologías, resultan opacos y difíciles para los adultos y, por contra, para los niños son de una transparencia sorprendente, con lo cual se está produciendo una socialización inversa a la tradicional: los niños y las niñas socializan a sus mayores.

Llegados a este punto habría que plantearse qué dimensión tiene el mundo de los valores desde la perspectiva de la Educación actual y, más concretamente, cómo podemos enfocar ese asunto, actualmente, en España.

A este respecto se ha llegado a decir que:

“El problema de la educación en el mundo moderno radica en que, por su propia naturaleza, no puede renunciar ni a la autoridad ni a la tradición y, sin embargo, debe desarrollarse en un mundo que ni está estructurado por la autoridad ni se mantiene unido por la tradición” [1].

En Educación no se puede prescindir del pasado, pero es necesario articular con delicadeza y precisión la transmisión del saber que la tradición nos ha legado con la introducción de las experiencias y las aportaciones nuevas de la investigación actual. De igual modo, los enseñantes no pueden desconocer que junto al aspecto más técnico, por así decir, de la profesión: conocimientos, preparación pedagógica, capacidad de comunicación, etc. coexiste, en la docencia, una dimensión de implicación personal que mediatiza todos los contenidos que se imparten, por muy neutrales que estos parezcan a primera vista. El profesor, si reali-

za bien su función de comunicador, adquiere necesariamente, para el alumnado, un carácter de autoridad, bien que ésta ha de ser moral y de prestigio profesional, antes que coercitiva o manipuladora.

Este difícil equilibrio entre pasado y presente, tradición e innovación, autoridad y prestigio exige, precisamente, establecer una jerarquía de valores.

Si bien no estamos a salvo de esta crisis de valores que alcanza a toda la sociedad occidental en su conjunto, también es cierto que en España se han producido acontecimientos de gran trascendencia histórica, que han de llevar a replantearse el tema de la educación y, en particular de los valores que el sistema educativo defiende.

Así pues, en nuestro país, la educación hay que abordarla a partir del texto constitucional de 1978, ya que, desde el momento en que la educación se define como un derecho constitucional, hay que atender al horizonte de principios y valores donde esta Constitución sitúa la realidad educativa.

El artículo 27.2 de la Constitución nos muestra el marco axiológico en el que se concibe la Educación:

“La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia y a los derechos y libertades fundamentales”.

En primer lugar, se define la Educación por la vía de la formación y no tanto por el tema del aprendizaje, puesto que será preciso formar la personalidad para que esta pueda desarrollar plenamente todas sus capacidades. El límite y, a la vez, horizonte de esa formación viene dado por el respeto a una serie de principios democráticos.

La democracia es pues el valor-eje en torno al cual gira la educación y, por lo mismo, el valor que ha de ser transmitido, enseñado y practicado, en primer término, en nuestros centros educativos.

Por democracia se ha de entender algo más que un simple tipo de gobierno, una forma política concreta. Más bien habría que poner el énfasis en un estilo de vida, en un planteamiento de neto corte axiológico.

Quiero traer a colación un texto de María Zambrano, la gran pensadora malagueña. En su obra "Persona y Democracia" afirma: "si se hubiera de definir la democracia podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona".

"Ser persona" remite de nuevo al texto de nuestra Carta Magna, según el cual el objetivo de toda educación es el pleno desarrollo de la personalidad.

Decíamos que la plenitud del desarrollo de la personalidad o, lo que es lo mismo, llegar a ser persona, exige una formación específica. Ahora bien, esta educación no puede consistir en un adoctrinamiento cuyo objetivo sea imponer unas determinadas formas de valorar, puesto que sería contradictorio con la idea misma de democracia. Por lo tanto un valor que se desprende ya de la necesidad de formar democráticamente a nuestros jóvenes o, lo que viene a ser lo mismo, de formar para ser persona, es precisamente el *diálogo*.

Dialogar supone una cierta madurez de pensamiento, de juicio y de reflexión, por lo tanto, es preciso que nuestras escuelas estimulen en el alumnado la capacidad crítica y las suficientes destrezas cognitivas como para poder pensar y pensar por si mismos.

A partir del diálogo —que supone ejercer las virtudes de la tolerancia y del respeto al prójimo, derivadas obviamente, de sus respectivos valores— se plantea como necesaria la *participación* responsable, en proporción a la capacidad de cada persona, en la toma de decisiones y en la tarea de dar forma a las finalidades del grupo social al que el individuo pertenece.

Este espíritu de iniciativa y de participación evitará el mal, tan común a muchas democracias, en las que unas minorías más activas controlan la voluntad de la mayoría y toman las decisiones por ésta.

Este proyecto de formación ha de completarse con la elaboración de programas que traten al unísono los aspectos cognitivos y los morales, de tal modo que se desarrollen a la par las facultades del conocimiento, la capacidad crítica y el sentido moral, un poco al viejo estilo socrático que combinaba sabiamente, en su sistema irónicamente ingenuo de preguntas, el impecable rigor del pensamiento lógico, junto con la crítica a los co-

nocimientos convencionales y costumbres de la época y, por otra parte, el compromiso moral, racionalmente argumentado y sostenido con la vida y el ejemplo.

Asimismo, resulta obvio que la educación de los valores democráticos solo puede ser efectiva si la misma estructura escolar es democrática en su funcionamiento cotidiano, si la actitud y comportamiento de todas las personas involucradas en el proceso educativo también responde a parámetros de democracia. Dado que la democracia es una "forma de vida" sólo se puede aprender si el conocimiento teórico se realiza y funciona dentro del ámbito mismo de la organización escolar: democratización didáctica, pero también cambio de las relaciones profesor-alumno, atención al sistema de calificación-evaluación... etc.

Así pues los tres valores que se analizaban, tanto en su versión ilustrada, cuanto en su posterior debilitamiento, son retomados como valores fundamentales en la escuela, ateniéndonos al precepto constitucional que se ocupa de la Educación: la racionalidad, la tolerancia y la democracia son los fundamentos de la enseñanza en este país. Evidentemente hay otros valores que la educación puede promocionar y transmitir y que, por supuesto, comparte con otras muchas instituciones, filosofías e ideologías sin que, por ello, se identifique con ninguna de ellas.

La ventaja de la Educación reside en que su misión más que proponer valores, aparte de los más básicos ya mencionados, debe proporcionar a los alumnos los instrumentos lógicos, mentales, psicológicos, morales para descubrir por sí mismos la escala de valores de un modo crítico y responsable.

En cuanto a la familia, cabría decir que no puede haber oposición entre la institución familiar y la escuela, muy al contrario: todo educador sabe que sin contar con un ambiente familiar adecuado y conectado con la escuela y si no existe un enraizamiento de ésta en el medio donde sus alumnos viven, todo proyecto educativo está condenado al fracaso. Los estudios realizados en este sentido por Coleman [2] para evaluar el éxito de los programas de educación destinados a las minorías norteamericanas durante las Administraciones Kennedy y Johnson, dieron como resultado unas cifras contundentes: pese a las costosas inversiones, la mayoría de los estudiantes fracasó por no contar con el clima hogareño favorable al logro educacional.

Existen además nuevos valores que se van produciendo poco a poco y que son un síntoma de vitalidad de la sociedad. Fundamentalmente parecen ser valores que se ejercen como autodefensa contra las propias desviaciones: ecologismo versus degradación ambiental, pacifismo versus violencia, solidaridad versus desigualdades, etc.

Crisis generalizada de valores, recuperación de ciertos valores que habían ido deteriorándose con el tiempo, aparición de nuevas formas de valorar, etc. Son, tan sólo, unas cuantas pinceladas rápidas sobre el tema y espero que, en las sesiones del Seminario, se descifrarán y analizarán, con rigor, eficacia y profesionalidad, estos y otros aspectos no menos importantes que atañen a esta decisiva cuestión: el papel de los valores en el mundo de la educación.

Notas

- [1] ARENDT, H. (1961): "The Crisis in Education", en *Between Past and Future*. Nueva York, Viking Press, p. 195.
- [2] COLEMAN *et al.* (1966): *Igualdad de oportunidades educacionales*. Departamento Norteamericano de Salud, Educación y Bienestar.